

XVII.

**Penacho blanco y Penacho encarnado.**

Después de haber vuelto á hablar de los hombres, volvamos á hablar de las cosas.

Eran las ocho de la noche, y la casa de Roberto Briquet solitaria, triste, sin un reflejo, bosquejaba su sombra triangular sobre un cielo cubierto de nubecillas que indicaban más bien la lluvia que la claridad de la luna.

Esta pobre casa, cuya alma estaba ausente, formaba un digno contraste con esa otra tan misteriosa de la cual hemos hablado ya á nuestros lec-

tores, y que estaba enfrente de ella. Los filósofos, que pretenden que nada vive, habla ni siente tanto como las cosas inanimadas, hubieran dicho al mirarlas que bostezaban la una enfrente de la otra.

No lejos de allí se oía un gran ruido de bronce mezclado con voces confusas, murmullos y chillidos, como si los coribantes celebrasen en un antro los misterios de la diosa.

Sin duda que este ruido era lo que atraía la atención de un joven con toquilla de color de violeta, pluma encarnada y capa parda; bello caballero que se detenía minutos enteros delante de aquel estrépito, y que se paseaba en seguida pensativo y cabizbajo delante de la casa de Roberto Briquet.

Aquella sinfonía de cobre era producida por una multitud de cacerolas; aquellos murmullos vagos, los de las marmitas que bullían sobre los hornillos, y de los asadores que daban vueltas movidos por los perros; aquellos gritos, los de maese Fournichón amo de la hostería del *Bizarro Caballero*, ocupado en cuidar sus hornillos, y las réplicas de la señora Fournichón que preparaba los dormitorios de las torrecillas.

Después que el joven de la toquilla de color de violeta había contemplado el fuego, respirado el perfume que despedían las aves, y examinado las cortinas de las ventanas, volvía atrás para continuar la misma operación al cabo de algunos segundos.

Había sin embargo, aunque á primera vista parecían independientes sus acciones, un límite que el paseante nunca traspasaba: era la especie de arroyo que dividía la calle delante de la casa de Roberto Briquet y daba fin en el edificio misterioso.

Pero también es preciso decir que cada vez que llegaba el paseante al mencionado límite, encontraba en él, como vigilante continela, á otro joven, poco más ó menos de su misma edad, con toquilla negra, pluma blanca y capilla color de violeta, que, la frente arrugada, la mirada fija y la mano en la empuñadura de la espada, parecía decir como el gigante Adamastor:

— No irás más lejos sin hallar la tempestad.

— El paseante de la pluma encarnada, esto es, el primero á quien hemos presentado en escena, dió veinte veces la vuelta sin reparar en semejante

cosa, pues estaba enteramente entregado á sus pensamientos. Había en efecto visto á un hombre que, como él, paseaba la calle, pero aparecía demasiado bien vestido para que fuese un ladrón, y así de nada se cuidaba, sino de lo que acontecía en el *Bizarro Caballero*.

El otro, por el contrario, á cada aparición de la pluma encarnada obscurecía de negro el color sombrío de su rostro: por último, la dosis de fluido irritado llegó á ser tan abundante en la pluma blanca, que acabó por dar un golpe á la pluma encarnada llamando en alto grado su atención.

Levantó la cabeza al punto y leyó en el rostro del que se hallaba á su frente toda la mala voluntad que al parecer le inspiraba.

Esto le indujo naturalmente á pensar que incomodaba á aquel hombre, y este pensamiento despertó en él el deseo de saber por qué le incomodaba.

En consecuencia se puso á examinar con atención la casa de Roberto Briquet.

En seguida dirigió sus pesquisas á la otra del frente.

Y no viendo ni en la una ni en la otra cosa que le hiciese sospechar de nada, sin turbarse, ó al menos dando á entender que no se turbaba por las miradas que le lanzaba el de la pluma blanca, le volvió las espaldas y se acereó de nuevo á los rutilantes resplandores de las hornillas de maese Fournichón.

La pluma blanca, orgullosa por haber derrotado á su enemiga, porque atribuía á derrota el movimiento retrógado que había visto ejecutar, se puso á andar en sentido contrario, es decir, de Este á Oeste, al paso que la otra avanzaba de Oeste á Este.

Pero cuando cada uno de ellos llegó al punto que interiormente se había señalado como término del paseo, volvió cara desandando lo andado en línea recta, con tanta precisión que á no mediar el arroyo, nuevo Rubicón que era preciso atravesar, se hubieran tropezado sin remedio, pues á tal grado llegó la escrupulosidad con que ambos habían conservado la línea recta.

La pluma blanca se retorcía el bigotillo con un movimiento visible de impaciencia.

La pluma encarnada pareció admirarse y dirigió nuevas miradas á la casa misteriosa.

Cualquiera hubiera podido ver entonces á la pluma blanca dar un paso para atravesar el arroyo, pero ya se había alejado la pluma encarnada y volvió por lo mismo á comenzar la marcha en línea inversa.

Por espacio de cinco minutos hubiérase creído que sólo volverían á encontrarse en los antipodas, pero no tardaron en hacerse frente los dos á un tiempo con el mismo instinto y la misma precisión que la vez primera.

Semejantes á dos nubes, que impelidas por vientos diferentes siguen la misma zona del cielo, avanzando una contra otra después de desplegar sus negros copos, á guisa de prudentes avanzadas, los dos paseantes llegaron por fin á encontrarse frente á frente, resueltos á pasar uno sobre otro antes que volver un paso atrás.

Más impaciente sin duda que su competidora, la pluma blanca, en vez de detenerse como hasta entonces lo había hecho en el límite del arroyo, lo cruzó empujando á la otra, que, desprevenida contra aquella agresión, con los brazos cruzados

bajo la capilla, faltó poco para que perdiese el equilibrio.

— ¡Hola! ¡Eh, caballero! — dijo el acomecido. — ¿Estáis loco ó tenéis intención de insultarme?

— Caballero, deseo haceros conocer que me estorbáis muchísimo, aunque me ha parecido que ya lo habíais notado sin necesidad de oírlo de mi boca.

— Nada de eso, caballero, porque tengo por sistema no notar más que aquello que me acomoda.

— Sin embargo, hay ciertas cosas que atraerían vuestras miradas si las viesen brillar vuestros ojos.

Y acompañando con la acción las palabras, el joven de la pluma blanca se desembarazó de la capilla y desenvainó la espada, que brilló al punto herida por un rayo de la luna que en aquel instante se aparecía entre dos nubes.

La pluma encarnada permaneció inmóvil.

— Se diría, caballero, — dijo por fin el de la pluma encarnada encogiéndose de hombros, — que jamás habéis sacado la hoja de la vaina, según

la prisa que os dais á sacarla contra quien no se defiende.

— No, pero que yo espero que se defenderá, — dijo el de la pluma blanca.

La pluma blanca se ronrió con una tranquilidad que redobló la irritación de su contrario.

— ¿ Y por qué, señor mío? — dijo con calma, — ¿ qué derecho tenéis á impedirme el pasear en la calle?

— ¿ Por qué os paseáis en esta calle?

— ¡ Vaya una pregunta! porque me da la gana.

— ¡ Ah! ¿ Os da la gana?

— Sin duda, vos lo hacéis también, ¿ tenéis acaso privilegio del rey para pasearos solo en la calle de Bussy?

— Que tenga ó no privilegio, poco importa.

— Os equivocáis, importa mucho, por el contrario; yo soy un vasallo fiel de S. M. y no quisiera desobedecerle.

— ¡ Ah! ¿ Me parece que os chanceáis?

— Aunque así fuese, vos amenazáis.

— ¡ Voto á brios! caballero, digo que me incomodáis, y que si no os alejáis de buena voluntad, yo sabré haceros alejar por fuerza.

— ¡ Oh! ¡ oh! caballero, eso es lo que vamos á ver.

— ¡ Eh! ¡ pardiez! ya os lo digo hace una hora.

— Caballero, yo tengo un asunto particular en este barrio, si deseáis absolutamente ensayar una estocada, lo haré con mucho gusto, pero no me alejaré de aquí.

— Caballero, — dijo la pluma blanca haciendo silbar su espada y juntando sus dos pies como un hombre que se pone en guardia, — yo me llamo el conde Enrique del Bouchage, soy hermano del duque de Joyeuse: por la última vez, ¿ queréis cederme el paso y retiraros?

— Caballero, — respondió la pluma encarnada, — yo me llamo el vizconde de Carmainges; no me incomodáis de ningún modo, y no llevo á mal el que permanezcáis.

Del Bouchage reflexionó un instante y envainó la espada.

— Excusadme, señor, — dijo en seguida, — estoy medio loco de enamorado.

— Y yo también estoy enamorado, — respondió Carmainges, — pero no me creo loco por eso.

Enrique se puso pálido, y dijo:

— ¿Estáis enamorado ?

— Sí, señor.

— ¿ Y lo confesáis ?

— ¿ Desde cuándo es un crimen el confesarlo ?

— ¿ Pero enamorado en esta calle ?

— Por el momento sí.

— En nombre del cielo, señor, decidme de quién.

— ¡ Ah ! Señor del Bouchage, no reflexionáis vuestra pregunta ; bien sabéis que un caballero no puede revelar un secreto que no posee más que á medias.

— Es verdad, es verdad, perdonadme, señor de Carmainges ; pero es que en realidad no hay nadie tan desgraciado como yo.

Había un dolor tan verdadero y una desesperación tan elocuente en estas cuatro palabras pronunciadas por del Bouchage, que Carmainges le compadeció.

— ¡ Ah Dios mío, — dijo Carmainges, — yo creo que teméis que seamos rivales.

— Lo temo, — contestó del Bouchage.

— ¡ Bah ! Y bien, caballero, quiero ser franco.

Del Bouchage se puso pálido, y pasó su mano por la frente.

— Yo, — continuó Carmainges, — tengo una cita.

— ¿ Tenéis una cita ?

— Sí, y en regla.

— ¿ En esta calle ?

— En esta calle.

— ¿ Por escrito ?

— Sí, y aun de una linda letra.

— ¿ De mujer ?

— No, de hombre.

— ¿ De hombre ? ¿ qué queréis decir ?

— Nada más que lo dicho ; tengo una cita con una linda muchacha, y con una bonita letra de hombre ; no es tan misterioso, pero es más elegante, pues parece que hay un secretario.

— ¡ Ah ! — murmuró Enrique, — acabad, en nombre del cielo !

— Me lo pedís de tal manera que no puedo rehusároslo. Voy, pues, á deciros el tenor del billete.

— Ya escucho.

— Veréis si es igual á la vuestra.

— Basta, señor, basta; á mi no se me ha dado ni cita ni billete.

Carmainges sacó del bolsillo un papelito.

— Hé aquí el billete, — dijo en seguida; — como sería difícil el leéroslo con esta noche tan obscura, pero como es corto y lo sé de memoria... ¿ confiáis en que no os engañaré ?

— ¡ Oh ! Seguramente.

— Hé aquí pues los términos en que está concedido :

« Señor de Carmainges, mi secretario está encargado por mí de deciros que tengo gran deseo de hablaros una hora; vuestro mérito me ha seducido. »

— ¿ Eso dice ? — preguntó del Bouchage.

— Á fe mía, sí, señor, y aun la frase está rayada por debajo.

— Paso en silencio otra frase aun demasiado lisonjera.

— ¿ Y os esperan ?

— Es decir, que yo soy quien espera como lo veis.

— ¿ Entonces deben abriros la puerta ?

— No, deben silbar tres veces por la ventana.

Enrique, todo temblando, puso una de sus manos sobre el brazo de Carmainges, y mostrándole con la otra la casa misteriosa, le dijo :

— ¿ Desde allí ?

— De ningún modo, — respondió de Carmainges mostrándole las torrecillas del *Bizarro Caballero*, — desde allí.

Enrique dió un grito de alegría.

— ¿ Pero no venís allí ? — dijo aun del Bouchage volviendo á señalar la casa misteriosa.

— No, no; el billete dice positivamente Posada del *Bizarro Caballero*.

— ¡ Oh ! ¡ bendito seáis, caballero ! — dijo del Bouchage estrechándole la mano. — ¡ Ah ! perdonadme mi descortesía, mi desatino. ¡ Ay de mí ! ya lo sabéis, para el hombre que ama verdaderamente no existe más que una mujer, y viéndoos venir sin cesar hasta esta casa, he creído que la mujer que vivía en ella os esperaba.

Nada tengo que perdonaros, caballero, — contestó de Carmainges, — pues á la verdad, por mi parte, también he tenido un instante la idea de que estabais en la calle por el mismo motivo que yo.

— ¡Y habéis tenido la paciencia increíble de no decirme nada ? ¡ Ah ! ¡ no amáis, no amáis !

— Yo os diré que no tengo todavía grandes derechos; esperaba un incidente cualquiera que aclarara mis dudas antes de enfadarme. ¡ Estas grandes señoras son tan extravagantes en sus caprichos, y un chasco es tan divertido !

— Vamos, vamos, señor de Carmainges, no amáis como yo, y sin embargo...

— ¿ Y sin embargo ? — repitió de Carmainges.

— Y sin embargo sois más dichoso.

— ¡ Ah ! ¿ En aquella casa hay crueldad ?

— Señor de Carmainges, — dijo del Bouchage, — tres meses hace que amo como un loco á la que la habita, y sin embargo todavía no he oído el metal de su voz.

— ¡ Diablo ! no estáis muy adelantado. Pero escuchad, pues.

— ¿ Qué ?

— ¿ No han silbado ?

— En efecto, me parece haberlo oído.

Los dos jóvenes escucharon, y un segundo silbido se oyó del lado del *Bizarro Caballero*.

— Señor conde, perdonadme que no os haga

compañía por más tiempo, pero esta es mi seña.

El tercer silbido resonó.

— Idos, señor, idos y buena fortuna.

De Carmainges se alejó como un rayo, y su interlocutor le vió desaparecer en la sombra de la calle para volver á aparecer á la luz que despedían las ventanas del *Bizarro Caballero*, y desaparecer de nuevo.

En cuanto á él, más taciturno que antes, porque esa especie de lucha le había hecho salir de su letargo por un instante, dijo :

— Vamos, hagamos nuestro oficio de costumbre : llamemos á esta maldita puerta que no se abre jamás.

Y al decir esto se adelantó hacia la puerta de la casa misteriosa.